



H. P. Lovecraft

La Llave De
Plata

E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

LA LLAVE DE PLATA

H. P. LOVECRAFT

**PUBLICADO: 1929
FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG**

TRADUCCIÓN PROPIA DE ELEJANDRÍA

LA LLAVE DE PLATA

CUANDO Randolph Carter cumplió treinta años perdió la llave de la puerta de los sueños. Hasta entonces, había compensado las penurias de la vida con excursiones nocturnas a extrañas y antiguas ciudades más allá del espacio, y a hermosas e increíbles tierras ajardinadas a través de mares etéreos; pero a medida que la edad madura se endurecía sobre él, sintió que estas libertades se desvanecían poco a poco, hasta que al final se vio totalmente aislado. Sus galeras ya no podían navegar por el río Oukranos frente a las doradas torres de Thran, ni sus caravanas de elefantes atravesar las perfumadas selvas de Kled, donde palacios olvidados con columnas de marfil ve-teado duermen encantadores e intactos bajo la luna.

Había leído demasiado sobre las cosas tal como son, y hablado con demasiada gente. Filósofos bienintencionados le habían enseñado a examinar las relaciones lógicas de las cosas y a analizar los procesos que daban forma a sus pensamientos y fantasías. El asombro se había esfumado, y había olvidado que toda la vida es sólo un conjunto de imágenes en el cerebro, entre las cuales no hay diferencia entre las que nacen de cosas reales y las que nacen de sueños interiores, y no hay motivo para valorar las unas por encima de las otras. La costumbre le había infundido en los oídos una supersticiosa reverencia por lo que existe tangible y físicamente, y le había hecho avergonzarse en secreto de vivir en visiones. Los sabios le decían que sus simples fantasías eran inanes e infantiles, y él lo creía porque podía ver que fácilmente podían serlo. Lo que no recordaba era que los actos de la realidad son igual de inanes e infantiles, y aún más absurdos porque sus actores persisten en imaginarlos llenos de significado y propósito mientras el ciego

propósito avanza sin rumbo de la nada a algo y de nuevo a la nada, sin prestar atención ni conocer los deseos o la existencia de las mentes que parpadan de vez en cuando en la oscuridad.

Le habían encadenado a las cosas que son y le habían explicado su funcionamiento hasta que el misterio desapareció del mundo. Cuando se quejaba y anhelaba escapar a los reinos crepusculares donde la magia moldeaba todos los pequeños fragmentos vívidos y las preciadas asociaciones de su mente en vistas de expectación sin aliento y deleite insaciable, le dirigían en cambio hacia los nuevos prodigios de la ciencia, pidiéndole que encontrara la maravilla en el vórtice del átomo y el misterio en las dimensiones del cielo. Y cuando fracasó en su intento de encontrar estas maravillas en cosas cuyas leyes son conocidas y mensurables, le dijeron que carecía de imaginación y que era inmaduro porque prefería las ilusiones de los sueños a las ilusiones de nuestra creación física.

Así que Carter había intentado hacer como los demás, y pretendía que los acontecimientos y emociones comunes de las mentes terrenales eran más importantes que las fantasías de las almas raras y delicadas. No disentía cuando le decían que el dolor animal de un cerdo atascado o de un labrador dispéptico en la vida real es algo mayor que la belleza sin par de Narath, con sus cien puertas talladas y sus cúpulas de calcedonia, que él recordaba vagamente de sus sueños; y bajo su guía cultivaba un esmerado sentido de la piedad y la tragedia.

De vez en cuando, sin embargo, no podía evitar ver cuán superficiales, volubles y sin sentido son todas las aspiraciones humanas, y cuán vacíos contrastan nuestros impulsos reales con esos pomposos ideales que profesamos sostener. Entonces recurría a la risa cortés que le habían enseñado a usar contra la extravagancia y artificialidad de los sueños; porque veía que la vida cotidiana de nuestro mundo es igual de extravagante y artificial, y mucho menos digna de respeto por su pobreza en belleza y su tonta renuencia a admitir su propia falta de razón y propósito. De este modo se convirtió en una especie de humorista, porque no vio que incluso el humor es vacío en un universo sin sentido carente de cualquier norma verdadera de coherencia o incoherencia.

En los primeros días de su esclavitud había recurrido a la suave fe eclesiástica que le había infundido la ingenua confianza de sus padres, pues des-

de allí se extendían avenidas místicas que parecían prometerle escapar de la vida. Sólo una mirada más atenta le permitió advertir la famélica fantasía y belleza, la rancia y prosaica trivialidad, y la gravedad de búho y las grotescas pretensiones de verdad sólida que reinaban de forma aburrida y abrumadora entre la mayoría de sus profesores; o sentir plenamente la torpeza con la que se intentaba mantener vivos como hechos literales los miedos y conjeturas superados de una raza primigenia que se enfrentaba a lo desconocido. A Carter le cansaba ver con qué solemnidad la gente intentaba hacer realidad terrenal viejos mitos que su presumida ciencia refutaba a cada paso, y esta seriedad fuera de lugar acabó con el apego que podría haber mantenido por los antiguos credos si se hubieran contentado con ofrecer los ritos sonoros y las salidas emocionales en su verdadera apariencia de fantasía etérea.

Pero cuando llegó a estudiar a los que se habían despojado de los viejos mitos, los encontró aún más feos que los que no lo habían hecho. No sabían que la belleza reside en la armonía, y que la belleza de la vida no tiene más norma en medio de un cosmos sin rumbo que su armonía con los sueños y los sentimientos que nos han precedido y han moldeado ciegamente nuestras pequeñas esferas a partir del resto del caos. No vieron que el bien y el mal, la belleza y la fealdad son sólo frutos ornamentales de la perspectiva, cuyo único valor radica en su vinculación con lo que el azar hizo pensar y sentir a nuestros padres, y cuyos finos detalles son diferentes para cada raza y cultura. En lugar de ello, o bien negaron por completo estas cosas, o bien las transfirieron a los instintos toscos y vagos que compartían con las bestias y los campesinos; de modo que sus vidas se arrastraron maléficamente hacia el dolor, la fealdad y la desproporción, aunque llenas de un orgullo ridículo por haber escapado de algo no más insano que lo que todavía les retenía. Habían cambiado los falsos dioses del miedo y la piedad ciega por los de la licencia y la anarquía.

Carter no saboreaba profundamente estas libertades modernas, porque su tacañería y su miseria enfermaban a un espíritu que sólo amaba la belleza, mientras que su razón se rebelaba ante la endeble lógica con la que sus defensores intentaban dorar el impulso bruto con una sacralidad despojada de los ídolos que habían desechado. Vio que la mayoría de ellos, al igual que sus desechos sacerdotales, no podían escapar de la ilusión de que la vida tiene un significado aparte de lo que los hombres sueñan en ella; y no po-

dían dejar de lado la burda noción de ética y obligaciones más allá de las de la belleza, incluso cuando toda la Naturaleza chillaba de su inconsciencia e impersonal falta de moralidad a la luz de sus descubrimientos científicos. Deformados e intolerantes con ilusiones preconcebidas de justicia, libertad y coherencia, se deshicieron de la vieja tradición y las viejas costumbres con las viejas creencias; ni se pararon nunca a pensar que esa tradición y esas costumbres eran las únicas creadoras de sus pensamientos y juicios actuales, y las únicas guías y normas en un universo sin sentido, sin objetivos fijos ni puntos de referencia estables. Habiendo perdido estos escenarios artificiales, sus vidas crecieron vacías de dirección e interés dramático; hasta que al final se esforzaron por ahogar su hastío en el bullicio y la pretendida utilidad, el ruido y la excitación, la exhibición bárbara y la sensación animal. Cuando estas cosas palidecían, decepcionaban o se volvían nauseabundas por la repulsión, cultivaban la ironía y la amargura, y encontraban defectos en el orden social. Nunca pudieron darse cuenta de que sus fundamentos brutos eran tan cambiantes y contradictorios como los dioses de sus mayores, y que la satisfacción de un momento es la perdición del siguiente. La belleza serena y duradera sólo aparece en el sueño, y el mundo había desechado este consuelo cuando, en su adoración de lo real, tiró por la borda los secretos de la infancia y la inocencia.

En medio de este caos de vacuidad y desasosiego, Carter intentó vivir como correspondía a un hombre de pensamiento agudo y buena herencia. Con sus sueños desvaneciéndose bajo el ridículo de la época, no podía creer en nada, pero el amor a la armonía le mantenía cerca de las costumbres de su raza y posición. Caminaba impasible por las ciudades de los hombres, y suspiraba porque ninguna vista parecía del todo real; porque cada destello de sol amarillo sobre los altos tejados y cada atisbo de plazas abalaustradas en las primeras luces del atardecer sólo servían para recordarle sueños que una vez había conocido, y para hacerle añorar tierras etéreas que ya no sabía cómo encontrar. Viajar era sólo una burla; e incluso la Gran Guerra le conmovió muy poco, aunque sirvió desde el principio en la Legión Extranjera de Francia. Durante un tiempo buscó amigos, pero pronto se cansó de la crudeza de sus emociones y de la uniformidad y terrenalidad de sus visiones. Se alegró vagamente de que todos sus parientes estuvieran distantes y fuera de contacto con él, pues no habrían podido comprender su vida mental. Es decir, sólo su abuelo y su tío abuelo Christopher podían hacerlo, y hacía mucho que habían muerto.

Entonces comenzó de nuevo a escribir libros, que había dejado cuando los sueños le fallaron por primera vez. Pero tampoco en esto hubo satisfacción ni realización, pues el contacto con la tierra se había apoderado de su mente y ya no podía pensar en cosas hermosas como antaño. El humor irónico derribó todos los minaretes crepusculares que había levantado, y el miedo terrenal a la improbabilidad arruinó todas las flores delicadas y asombrosas de sus jardines de hadas. La convención de la piedad asumida derramaba empalagos sobre sus personajes, mientras que el mito de una realidad importante y de acontecimientos y emociones humanos significativos degradaba toda su alta fantasía hasta convertirla en una alegoría apenas velada y una sátira social barata. Sus nuevas novelas tuvieron el éxito que nunca habían tenido las anteriores; y como sabía lo vacías que debían ser para complacer a un rebaño vacío, las quemó y dejó de escribir. Eran novelas muy elegantes, en las que se reía urbanamente de los sueños que esbozaba con ligereza; pero vio que su sofisticación les había quitado toda la vida.

A partir de entonces, cultivó la ilusión deliberada e incursionó en las nociones de lo extraño y lo excéntrico como antídoto para lo común. La mayoría de ellas, sin embargo, pronto mostraron su pobreza y esterilidad; y vio que las doctrinas populares del ocultismo son tan secas e inflexibles como las de la ciencia, pero sin siquiera el delgado paliativo de la verdad para redimirlas. La burda estupidez, la falsedad y el pensamiento confuso no son un sueño; y no constituyen una escapatoria de la vida para una mente entrenada por encima de su nivel. Así que Carter compró libros más extraños y buscó hombres más profundos y terribles de fantástica erudición; ahondando en arcanos de la conciencia que pocos han hollado, y aprendiendo cosas sobre las fosas secretas de la vida, la leyenda y la antigüedad inmemorial que le perturbaron siempre después. Decidió vivir en un plano más raro, y amuebló su casa de Boston para adaptarla a sus cambiantes estados de ánimo: una habitación para cada uno, decorada con los colores apropiados, amueblada con libros y objetos adecuados, y provista de fuentes de las sensaciones propias de la luz, el calor, el sonido, el gusto y el olor.

Una vez oyó hablar de un hombre del Sur que era rechazado y temido por las cosas blasfemas que leía en libros prehistóricos y tablillas de arcilla traídas de contrabando de la India y Arabia. Lo visitó, vivió con él y compartió sus estudios durante siete años, hasta que el horror los alcanzó una medianoche en un cementerio desconocido y arcaico, y sólo uno salió de donde

habían entrado dos. Luego regresó a Arkham, la terrible y vieja ciudad de sus antepasados en Nueva Inglaterra, encantada por las brujas, y vivió experiencias en la oscuridad, entre los sauces centenarios y los tejados inclinados, que le hicieron sellar para siempre ciertas páginas del diario de un antepasado de mente salvaje. Pero estos horrores le llevaron sólo al borde de la realidad, y no eran del verdadero país de ensueño que había conocido en su juventud; de modo que a los cincuenta años desesperó de cualquier descanso o satisfacción en un mundo demasiado ocupado para la belleza y demasiado sagaz para el sueño.

Habiendo percibido al fin la vacuidad e inutilidad de las cosas reales, Carter pasó sus días retirado y con nostálgicos recuerdos inconexos de su juventud llena de sueños. Pensó que era una tontería molestarse en seguir viviendo, y consiguió de un conocido sudamericano un líquido muy curioso que le llevaría al olvido sin sufrir. La inercia y la fuerza de la costumbre, sin embargo, le hicieron aplazar la acción; y se entretuvo indecisamente entre pensamientos de los viejos tiempos, quitando las extrañas colgaduras de sus paredes y reacondicionando la casa como era en su primera infancia: cristales morados, muebles victorianos y todo eso.

Con el paso del tiempo casi se alegró de haberse quedado, porque sus reliquias de juventud y su separación del mundo hacían que la vida y la sofisticación parecieran muy distantes e irreales; tanto que un toque de magia y expectación volvía a invadir sus sueños nocturnos. Durante años, esos sueños sólo habían conocido los retorcidos reflejos de las cosas cotidianas que conocen los sueños más comunes, pero ahora volvía un destello de algo más extraño y salvaje; algo de una inmanencia vagamente asombrosa que tomaba la forma de imágenes tensamente claras de sus días de infancia, y le hacía pensar en pequeñas cosas intrascendentes que había olvidado hacía mucho tiempo. A menudo se despertaba llamando a su madre y a su abuelo, ambos en sus tumbas desde hacía un cuarto de siglo.

Entonces, una noche, su abuelo le recordó la llave. El viejo y gris erudito, tan vivo como en vida, habló largo y tendido de su antiguo linaje y de las extrañas visiones de los hombres delicados y sensibles que lo componían. Habló del cruzado de ojos llameantes que aprendió secretos salvajes de los sarracenos que lo tenían cautivo; y del primer Sir Randolph Carter que estudió magia cuando Elizabeth era reina. Habló también de aquel Edmund Carter que acababa de escapar de la horca en la brujería de Salem, y que ha-

bía guardado en una caja antigua una gran llave de plata heredada de sus antepasados. Antes de que Carter despertara, el amable visitante le había dicho dónde encontrar aquella caja; aquella caja de roble tallado de arcaica maravilla cuya grotesca tapa ninguna mano había levantado en dos siglos.

En el polvo y las sombras del gran desván la encontró, remota y olvidada en el fondo de un cajón de una cómoda alta. Tenía unos treinta centímetros cuadrados, y sus tallas góticas eran tan temibles que no le extrañó que nadie, desde Edmund Carter, se hubiera atrevido a abrirla. No producía ningún ruido al agitarlo, pero desprendía un místico aroma a especias que no recordaba. Que contuviera una llave era sólo una leyenda, y el padre de Randolph Carter nunca había sabido que existiera una caja semejante. Estaba atada con hierro oxidado y no había ningún medio para abrir la formidable cerradura. Carter comprendió vagamente que en su interior encontraría la llave de la puerta perdida de los sueños, pero su abuelo no le había dicho dónde ni cómo utilizarla.

Un viejo sirviente forzó la tapa tallada, temblando al hacerlo ante los horribles rostros que asomaban de la madera ennegrecida, y ante cierta familiaridad no localizada. Dentro, envuelta en un pergamino descolorido, había una enorme llave de plata deslustrada cubierta de arabescos crípticos; pero no había ninguna explicación legible. El pergamino era voluminoso, y sólo contenía los extraños jeroglíficos de una lengua desconocida escritos con una antigua caña. Carter reconoció los caracteres como los que había visto en cierto rollo de papiro perteneciente a aquel terrible erudito del Sur que había desaparecido una medianoche en un cementerio sin nombre. El hombre siempre se había estremecido al leer este pergamino, y Carter se estremeció ahora.

Pero limpió la llave y la guardó junto a él todas las noches en su aromática caja de roble antiguo. Mientras tanto, sus sueños eran cada vez más vívidos y, aunque no le mostraban ninguna de las extrañas ciudades e increíbles jardines de los viejos tiempos, asumían un cariz definido cuyo propósito no podía confundirse. Le hacían retroceder a lo largo de los años y, con las voluntades mezcladas de todos sus padres, tiraban de él hacia alguna fuente oculta y ancestral. Entonces supo que debía adentrarse en el pasado y fundirse con las cosas antiguas, y día tras día pensaba en las colinas del norte, donde se encontraban el embrujado Arkham, el caudaloso Miskatonic y la solitaria y rústica granja de su pueblo.

En el lúgubre fuego del otoño, Carter tomó el viejo y recordado camino que pasaba por elegantes líneas de colinas ondulantes y prados con muros de piedra, valles distantes y bosques colgantes, carreteras curvas y granjas enclavadas, y las cristalinas curvas del Miskatonic, cruzadas aquí y allá por rústicos puentes de madera o piedra. En un recodo vio un grupo de olmos gigantes entre los que un antepasado había desaparecido extrañamente un siglo y medio antes, y se estremeció cuando el viento sopló significativamente a través de ellos. Luego estaba la ruinoso granja de la vieja bruja Goody Fowler, con sus pequeñas ventanas malignas y su gran tejado inclinado casi hasta el suelo en el lado norte. Aceleró el coche al pasar junto a ella, y no aflojó hasta que hubo subido a la colina donde habían nacido su madre y sus padres, y donde la vieja casa blanca aún miraba orgullosa, al otro lado de la carretera, el hermoso panorama de la ladera rocosa y el valle verde, con las lejanas agujas de Kingsport en el horizonte y los indicios del arcaico mar cargado de sueños en el fondo más lejano.

Luego venía la ladera más empinada que albergaba el viejo lugar de Carter que no había visto en más de cuarenta años. La tarde estaba muy avanzada cuando llegó al pie, y en la curva a mitad de camino se detuvo para contemplar la campiña dorada y glorificada por los torrentes de magia que derramaba el sol del oeste. Toda la extrañeza y expectación de sus sueños recientes parecían estar presentes en este paisaje silencioso y sobrenatural, y pensó en las soledades desconocidas de otros planetas mientras sus ojos trazaban los céspedes aterciopelados y desiertos que brillaban ondulantes entre sus muros derrumbados, los macizos de bosque de hadas que delimitaban lejanas líneas de colinas púrpuras más allá de las colinas, y el valle boscoso espectral que se hundía en la sombra hasta las hondonadas húmedas donde las aguas que goteaban canturreaban y gorgoteaban entre raíces hinchadas y distorsionadas.

Algo le hizo sentir que los motores no pertenecían al reino que buscaba, así que dejó el coche en la linde del bosque y, guardándose la gran llave en el bolsillo del abrigo, siguió caminando colina arriba. Ahora el bosque lo envolvía por completo, aunque sabía que la casa estaba en una loma alta que despejaba los árboles excepto por el norte. Se preguntó qué aspecto tendría, ya que había quedado vacía y desatendida por su descuido desde la muerte de su extraño tío abuelo Christopher, treinta años atrás. En su niñez

se había deleitado con largas visitas y había encontrado extrañas maravillas en los bosques más allá del huerto.

Las sombras se espesaban a su alrededor, pues la noche estaba cerca. Una vez, un hueco entre los árboles se abrió a la derecha, de modo que pudo ver a través de leguas de pradera crepuscular el viejo campanario de la Congregación en Central Hill, en Kingsport; rosado con el último rubor del día, los cristales de las pequeñas ventanas redondas resplandeciendo con el fuego reflejado. Luego, cuando estuvo de nuevo en la sombra, recordó con un sobresalto que aquella visión debía de proceder únicamente de su memoria infantil, ya que la vieja iglesia blanca había sido derribada hacía tiempo para dejar sitio al Hospital Congregacional. Había leído sobre ella con interés, pues el periódico hablaba de unas extrañas madrigueras o pasadizos encontrados en la colina rocosa que había debajo.

En medio de su perplejidad se oyó una voz que le resultó familiar después de tantos años. El viejo Benijah Corey había sido el jornalero de su tío Christopher, y era viejo incluso en aquellos lejanos tiempos de sus visitas infantiles. Ahora debía tener más de cien años, pero aquella voz melodiosa no podía provenir de nadie más. No podía distinguir ninguna palabra, pero el tono era inquietante e inconfundible. Y pensar que el "viejo Benijy" aún vivía.

"¡Señor Randy! ¡Señor Randy! ¿Dónde estás? ¿Quieres asustar a tu tía Marthy hasta la muerte? ¿No os ha dicho que os acerquéis al lugar por la tarde y volváis cuando oscurezca? ¡Randy! ¡Randy! . . . Es el mejor chico que he visto en el bosque que se escapa; ¡todo el tiempo que pasa rondando ese nido de serpientes en la parte alta del bosque!... . ¡Eh, tú, Ran-dee!"

Randolph Carter se detuvo en la oscuridad más absoluta y se frotó los ojos con la mano. Había algo raro. Había estado en un lugar en el que no debía estar; se había alejado mucho hacia lugares a los que no pertenecía, y ahora llegaba inexcusablemente tarde. No se había fijado en la hora del campanario de Kingsport, aunque la habría podido ver fácilmente con su telescopio de bolsillo; pero sabía que su retraso era algo muy extraño y sin precedentes. No estaba seguro de llevar consigo su pequeño telescopio, y metió la mano en el bolsillo de la blusa para comprobarlo. No, no estaba allí, pero sí la gran llave de plata que había encontrado en alguna caja. Tío Chris le había contado una vez algo extraño sobre una vieja caja sin abrir

con una llave dentro, pero tía Martha había interrumpido bruscamente la historia, diciendo que no era cosa para contársela a un niño cuya cabeza estaba ya demasiado llena de extrañas fantasías. Intentó recordar dónde había encontrado la llave, pero algo le parecía muy confuso. Supuso que estaba en el desván de su casa, en Boston, y recordó vagamente haber sobornado a Parks con la mitad de su paga semanal para que le ayudara a abrir la caja y a guardar silencio sobre el asunto; pero cuando recordó esto, el rostro de Parks se levantó de un modo muy extraño, como si las arrugas de largos años hubieran caído sobre el pequeño y enérgico cockney.

"¡Ran-dee! ¡Ran-dee! ¡Hola! ¡Randy! Randy!"

Una linterna oscilante apareció en la curva negra, y el viejo Benijah se abalanzó sobre la forma silenciosa y desconcertada del peregrino.

"¡Maldito seas, muchacho, así estás! ¿No tienes una lengua en la cabeza, que no puedes responder a un cuerpo? Te he estado llamando a esta hora, ¡y debes haberme oído hace tiempo! ¿No sabes que tu tía Marthy está muy preocupada porque te fuiste al anochecer? ¡Espera a que se lo diga a tu tío Chris cuando llegue! ¡Deberías saber que estos bosques no son lugar adecuado para andar a estas horas! Hay cosas en el exterior que no hacen bien a nadie, como mi abuela sabía de mí. ¡Venga, Mister Randy, o Hannah no podrá seguir con la cena!"

Randolph Carter fue conducido por el camino donde las estrellas brillaban a través de las altas ramas otoñales. Y los perros ladraron cuando la luz amarilla de las pequeñas ventanas brilló en la curva más lejana, y las Pléyades centellearon a través de la loma abierta donde un gran tejado a dos aguas se erguía negro contra el tenue oeste. La tía Martha estaba en la puerta y no regañó demasiado cuando Benijah empujó al vagabundo. Conocía a tío Chris lo suficiente como para esperar tales cosas de la sangre Carter. Randolph no mostró su llave, sino que cenó en silencio y sólo protestó cuando llegó la hora de acostarse. A veces soñaba mejor despierto, y quería usar aquella llave.

Por la mañana Randolph se levantó temprano y se habría escapado a la parcela superior si tío Chris no lo hubiera atrapado y obligado a sentarse en su silla junto a la mesa del desayuno. Miró impaciente alrededor de la habitación baja con la alfombra de trapo y las vigas y esquineros a la vista, y sólo sonrió cuando las ramas del huerto arañaron los pequeños cristales em-

plomados de la ventana trasera. Los árboles y las colinas estaban cerca de él y formaban las puertas de aquel reino intemporal que era su verdadero país.

Luego, cuando se sintió libre, buscó la llave en el bolsillo de la blusa y, tranquilizado, saltó a través del huerto hasta la colina, donde el bosque volvía a elevarse por encima incluso de la loma desarbolada. El suelo del bosque era musgoso y misterioso, y grandes rocas cubiertas de líquenes se alzaban vagamente aquí y allá en la penumbra como monolitos druidas entre los troncos hinchados y retorcidos de un bosquecillo sagrado. Una vez en su ascenso, Randolph cruzó un caudaloso arroyo cuyas cataratas cantaban a poca distancia conjuros rúnicos a los faunos, feéricos y dríadas que acechaban.

Luego llegó a la extraña cueva en la ladera del bosque, la temida "guarda de las serpientes" que la gente del campo rehuía y de la que Benijah le había advertido una y otra vez. Era profunda; mucho más profunda de lo que nadie, excepto Randolph, sospechaba, pues el muchacho había encontrado una fisura en el rincón negro más lejano que conducía a una gruta más elevada, un inquietante lugar sepulcral cuyas paredes de granito guardaban una curiosa ilusión de artificio consciente. En esta ocasión se arrastró como de costumbre, iluminando su camino con cerillas robadas de la caja de cerillas del salón, y avanzó a través de la última grieta con un afán difícil de explicar incluso para sí mismo. No sabía por qué se acercaba a la pared más lejana con tanta confianza, ni por qué sacaba instintivamente la gran llave de plata al hacerlo. Pero siguió adelante, y cuando aquella noche regresó bailando a la casa, no ofreció excusas por su tardanza, ni prestó la menor atención a las reprimendas que se ganó por haber ignorado por completo el cuerno de la cena de mediodía.

AHORA todos los parientes lejanos de Randolph Carter están de acuerdo en que algo ocurrió para exaltar su imaginación en su décimo año. Su primo, Ernest B. Aspinwall, de Chicago, es diez años mayor que él y recuerda claramente un cambio en el muchacho después del otoño de 1883. Randolph había contemplado escenas de fantasía que pocos pueden haber contemplado jamás, y aún más extrañas eran algunas de las cualidades que mostraba en relación con cosas muy mundanas. Parecía, en fin, haber adquirido un extraño don de profecía, y reaccionaba de forma inusual ante cosas

que, aunque en aquel momento carecían de significado, más tarde se descubrió que justificaban sus singulares impresiones. En décadas posteriores, a medida que nuevos inventos, nuevos nombres y nuevos acontecimientos aparecían uno tras otro en el libro de la historia, la gente recordaba de vez en cuando con asombro cómo Carter había dejado caer años antes alguna palabra descuidada de indudable conexión con lo que entonces estaba lejos en el futuro. Ni él mismo comprendía estas palabras, ni sabía por qué ciertas cosas le hacían sentir ciertas emociones; pero creía que algún sueño no recordado debía ser el responsable. Ya en 1897 se puso pálido cuando algún viajero mencionó la ciudad francesa de Belloy-en-Santerre, y sus amigos la recordaron cuando fue herido casi mortalmente allí en 1916, mientras servía con la Legión Extranjera en la Gran Guerra.

Los parientes de Carter hablan mucho de estas cosas porque él ha desaparecido últimamente. Su pequeño y viejo criado Parks, que durante años soportó pacientemente sus caprichos, le vio por última vez la mañana en que se marchó solo en su coche con una llave que había encontrado recientemente. Parks le había ayudado a sacar la llave de la vieja caja que la contenía, y se había sentido extrañamente afectado por las grotescas tallas de la caja, y por alguna otra extraña cualidad que no pudo nombrar. Cuando Carter se marchó, había dicho que iba a visitar su antigua tierra ancestral en los alrededores de Arkham.

A mitad de camino hacia Elm Mountain, de camino a las ruinas de la antigua casa de Carter, encontraron su coche cuidadosamente colocado al borde del camino; y en él había una caja de madera fragante con tallas que asustaban a los campesinos que tropezaban con ella. La caja sólo contenía un extraño pergamino cuyos caracteres ningún lingüista o paleógrafo ha sido capaz de descifrar o identificar. La lluvia había borrado hacía tiempo cualquier posible huella, aunque los investigadores de Boston tenían algo que decir sobre las evidencias de alteraciones entre los maderos caídos de la casa de los Carter. Era, según ellos, como si alguien hubiera andado a tientas por las ruinas en una época no muy lejana. Un jefe blanco común encontrado entre las rocas del bosque en la ladera más allá no puede ser identificado como perteneciente al hombre desaparecido.

Se habla de repartir los bienes de Randolph Carter entre sus herederos, pero me opondré firmemente a ello porque no creo que esté muerto. Hay giros del tiempo y el espacio, de la visión y la realidad, que sólo un soñador

puede adivinar; y por lo que sé de Carter, creo que simplemente ha encontrado una manera de atravesar estos laberintos. No puedo decir si volverá o no. Quería las tierras de los sueños que había perdido, y añoraba los días de su infancia. Entonces encontró una llave, y de alguna manera creo que fue capaz de utilizarla para un extraño beneficio.

Se lo preguntaré cuando le vea, pues espero encontrarme con él en breve en cierta ciudad de ensueño que ambos solíamos frecuentar. Se rumorea en Ulthar, más allá del río Skai, que un nuevo rey reina en el trono de ópalo de Ilek-Vad, esa fabulosa ciudad de torreones en lo alto de los huecos acantilados de cristal que dominan el mar crepuscular donde los barbudos y finos Gnorri construyen sus singulares laberintos, y creo saber cómo interpretar este rumor. Ciertamente, espero con impaciencia la visión de esa gran llave de plata, pues en sus arabescos crípticos pueden estar simbolizados todos los objetivos y misterios de un cosmos ciegamente impersonal.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO
PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB